



Hacia la excelencia

**10 SECRETOS PARA BRINDAR LA
MEJOR EDUCACIÓN A TU HIJO**

KEVIN SWANSON



Copyright © 2006, 2010, 2016, 2024, 2026 por Kevin Swanson.

1.^a edición en español, 1.^a impresión, 2026.

Traducción al español: Juan Pablo Realini.

Revisores: Cecilia Moré, Cecilia Analí Resoalbe, Maria Gracia Galecio, Marisol Chotro y Natalia Armando.

Las citas bíblicas al inicio de cada capítulo son tomadas de la Versión Reina-Valera 1960, Sociedades Bíblicas en América Latina, renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas, a menos que sea notado como otra versión.

Diseño de portada original: Franco Ortiz / Adaptación del diseño de portada al español: Juan Pablo Realini

Composición tipográfica: Juan Pablo Realini

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

ISBN: 978-1-968345-17-4

Publicado por:

Generations,

Apartado Postal 1398,

Elizabeth, CO 80107-1398,

www.generations.org.

Para obtener más información sobre este y otros títulos de Generations, visite www.generations.org

CONTENIDO

Introducción	7
1 Una Educación Exitosa.....	17
2 Los Datos Sobre la Educacion: Lo que Todo Padre Necesita Saber	33
3 El Primer Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: La Preeminencia de la Fe y el Carácter	43
4 El Segundo Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: Instrucción Individual de Calidad	61
5 El Tercer Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: El Principio de Protección.....	75
6 El Cuarto Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: El Principio de Individualidad	95
7 El Quinto Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: Arraigo en las Relaciones	119
8 El Sexto Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: El Principio de Sentar Bien las Bases	157
9 El Séptimo Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: El Principio de Integración a la Vida	171

10 El Octavo Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: Mantener el Honor y la Mística del Aprendizaje	195
11 El Noveno Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: Construir Sobre los Cimientos Correctos	221
12 El Décimo Secreto Inmutable para una Educación Exitosa: El Principio de una Progresión Sabia y Secuencial	249
13 Elementos Esenciales e Irreductibles	263
14 Una Visión Para Nuestra Familia.....	273
15 Una Educación Exitosa Para Nuestros Hijos....	285
Notas	299

INTRODUCCIÓN

Si eres padre o madre y has comprado este libro con el interés de brindar la mejor educación posible a tu hijo, entonces ya estamos de acuerdo en la tesis central del libro, que es que los padres tienen un interés comprometido en la educación de sus hijos; y, por lo tanto, deben estar preparados para tomar decisiones inteligentes y bien informadas con respecto a esa educación.

En el mundo actual, hay pocos temas más importantes que la educación. Es el tema que siempre encontrarás entre los primeros lugares de los folletos de los candidatos políticos. Cuando todas las demás iniciativas fiscales no logran obtener el apoyo popular, el electorado respalda con entusiasmo el aumento de impuestos para financiar alguna nueva institución o programa educativo. La creencia arraigada en la mente de los votantes es que invertir más dinero proveniente de los impuestos resolverá todos nuestros problemas educativos.

Existe una creciente insatisfacción con respecto al estado de la educación en muchos países industrializados hoy en día, y esto tiene fundamento científico: estudios recientes que comparan el rendimiento académico de estudiantes de diversas nacionalidades en las áreas de

matemáticas y ciencias sitúan a Estados Unidos en el rango de las naciones tercermundistas (supera a naciones como Mozambique y Jordania, pero está muy por debajo de España, Hungría y China)¹. De dieciocho naciones industrializadas, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) descubrió recientemente que Estados Unidos ocupaba el último lugar en alfabetización entre los graduados de educación secundaria de entre dieciséis y veinticinco años.² Durante los últimos seis años, he trabajado en una oficina que recibe miles de llamadas telefónicas cada año de padres que están muy insatisfechos con la educación que reciben sus hijos en su distrito escolar local financiado con fondos públicos. Los padres están preocupados, y con razón. Las estadísticas muestran uno de los problemas, pero hay otros más profundos: la violencia escolar va en aumento, las influencias sociales negativas abundan en muchas escuelas, lo que causa aún más angustia a los padres. A las empresas les preocupa la mano de obra poco competente que sale de las escuelas secundarias y universidades de nuestro país. Un descenso en el rendimiento académico afectará inevitablemente a nuestra economía, a nuestra defensa nacional y al estilo de vida estadounidense*.

La verdad más aterradora que un padre podría atreverse a afrontar en ocasiones es esta: nuestros hijos *podrían*

* Nota del editor: esta problemática es también evidente y aún más profunda en la mayoría de los países latinoamericanos.

realmente sufrir por una experiencia educativa de baja calidad. Incluso su crianza podría terminar en *fracaso*. Si bien cada niño es responsable de sus propias acciones, es cierto que algunos enfoques han sido mucho más eficaces que otros en la formación y educación de un niño. Hay niños en este mundo que, por una u otra razón, no reciben una buena crianza ni educación. Sin embargo, esto no siempre es el final de la historia. Algunos de estos niños son capaces, por la gracia de Dios, de superar unos primeros años disfuncionales y sobresalir en la vida. No obstante, esto es mucho más la excepción que la regla.

El objetivo principal de este libro no es criticar el sistema actual, sino más bien presentar los elementos positivos que realmente permiten lograr una educación de calidad. Se ha escrito mucho sobre los problemas del sistema escolar público moderno. Constantemente se recomiendan reformas. Es hasta raro que pase un año sin que se implementen nuevas reformas y soluciones en las escuelas de esta y otras naciones. Mi propósito aquí no es recomendar un programa de reforma a nivel nacional, sino simplemente informar, involucrar y equipar a los padres con un conocimiento básico de los principios sobre los que debe construirse una educación de calidad.

Existen *cientos* de enfoques diferentes sobre la educación, y abundan los expertos en todo el panorama académico tanto para padres como para maestros. Sobran las teorías contradictorias, y la cacofonía de mensajes

contrapuestos nos confunde y frustra. Nos rendimos y dejamos todo en manos de profesionales que parecen saber lo que hacen, pero ellos están tan confundidos como el resto de nosotros.

Hay dos explicaciones para la proliferación de perspectivas sobre la educación. La primera es que algunos de los enfoques adoptados son *sencillamente erróneos* y no funcionarán. De alguna manera, en esta era moderna nos han enseñado a creer que todas las ideas nuevas son intrínsecamente buenas. Esta línea de pensamiento ha corrompido la educación más que cualquier otra cosa; y muchos de nosotros nos estamos cansando de las nuevas teorías, las nuevas matemáticas, las nuevas filosofías, y las nuevas reformas. Cuando se trata de cuestiones básicas de la vida, cuando se trata de algo tan importante como la educación de nuestros hijos, lo nuevo es arriesgado. Lo nuevo **no** ha sido probado ni comprobado. Es esencial basarse en principios que hayan sido probados por el tiempo y sean confiables.

Algunas teorías educativas son erróneas porque están equivocadas desde la raíz. Por ejemplo, una persona podría decir que no hay Dios, mientras que otra afirma que sí hay un Dios. Ambas no pueden tener razón al mismo tiempo, una de ellas está terriblemente equivocada. Una persona podría afirmar que los niños son básicamente buenos, mientras que otra sostiene que los niños tienen una naturaleza pecaminosa. Una vez más, no pueden estar

ambas en lo cierto. El método de educación de los niños suele basarse en ciertas perspectivas filosóficas básicas. Un método se desarrollará de acuerdo con la **cosmovisión** fundamental que tienen quienes administran, enseñan o escriben los libros de texto. No todas las cosmovisiones tienen el mismo mérito. Algunas perspectivas de cosmovisión sostienen una posición errónea sobre cuestiones tan importantes como la existencia de Dios, la naturaleza del hombre y su valor esencial, su propósito en la vida, etc. Dado que existen cosmovisiones contradictorias, habrá ideas radicalmente diferentes con respecto a la educación de los niños, y quienes desarrollan un enfoque educativo sobre una cosmovisión errónea producirán una educación deficiente.

La segunda explicación de la proliferación de enfoques en la educación se encuentra en el principio de la individualidad (que se desarrolla en el capítulo 6). Dado que cada niño es un individuo único, hay métodos que *funcionarán* con algunos niños y simplemente *no funcionarán* con otros. Esto significa que el método de educación puede variar dependiendo de la cultura, la escuela, las familias o los niños. No queremos abogar por la uniformidad, por el contrario, queremos proteger y fomentar la diversidad en los métodos educativos, al tiempo que mantenemos los principios básicos y universales de la educación.

La suposición fundamental que he adoptado en esta presentación es que hay un Dios que creó el mundo. Felizmente, Él nos proporcionó un manual básico de instrucciones para la vida: la Biblia, que establece un punto de referencia absoluto para nosotros. Sin ella, estaríamos vagando en una tormenta de nieve enceguedora de relativismo sin ninguna esperanza de distinguir entre una educación excelente y una deficiente. Los principios que consideraremos en este libro tienen sus raíces en la revelación proporcionada en la Biblia. Yo pienso que hay que tomar plenamente en cuenta la verdad sobre la realidad, revelada por el Dios que la creó, antes de aplicar los principios a cualquier escuela específica o a la educación de cualquier niño. Además, la calidad de esta revelación del Antiguo y Nuevo Testamento ha pasado la prueba del tiempo, y eso es lo que se necesita desesperadamente hoy en día. *¿Por qué alguien se embarcaría en el estudio de algo tan importante como la educación sin tomar en cuenta los ricos escritos históricos de los antiguos judíos y cristianos?*

Hay muchísimo más que decir sobre la educación de lo que contienen estas páginas. Y son dos las razones para dejar todo eso fuera de este libro: en primer lugar, quería escribir un libro breve; En segundo lugar, los demás conceptos no son *principios básicos*, no poseen la cualidad de indispensables que tienen estos diez principios, ni poseen una eficacia que ha pasado la prueba del tiempo,

como aquellos que se encuentran en el Libro de la Sabiduría, que tienen miles de años de antigüedad y que fueron dados por revelación de Dios. Lo que tratamos aquí son los principios que debes tener en cuenta si eliges un programa educativo para tu hijo o hija. La individualidad abre la puerta a una gran cantidad de enfoques, y la metodología utilizada para un estudiante puede diferir radicalmente de la de otro, pero cada uno de los principios contenidos en este libro debe integrarse concienzudamente en la educación de cada niño. Si bien algunas ideas pueden tener mayor o menor validez en algún caso particular, existen ciertos principios universales que **son inmutables** a través del tiempo y el espacio: han sido dados por Dios mismo. En este libro abordamos los fundamentos de la educación que son tan relevantes y aplicables para un niño hebreo del siglo I como para una niña japonesa del siglo XXI, y lo serán para un niño del siglo XXVIII del estado sureño de Misisipí.

En este libro abordaremos los principios de más alto orden para la educación. Por ejemplo, en el capítulo 10 se explica el principio del honor y la mística del aprendizaje. Si bien otros autores podrían desarrollar cómo se establece el honor y la mística en el aula o en la educación en casa, el “cómo” a menudo será diferente dependiendo de las culturas y los entornos en los que se lleva a cabo la educación. Los principios de este libro son indispensables, pero amplios. Si uno no puede ver estas diez grandes vigas

en el edificio de la educación, no podrá dominar la construcción de una buena educación.

Hay quienes estudian los principios de la enseñanza durante seis a diez años en programas universitarios de grado y posgrado. Aunque no puedo otorgarte un doctorado en educación en esta breve presentación, sostengo que no es necesario tener un doctorado en educación para ser un excelente maestro. Cualquiera que tenga la capacidad de comunicarse puede ser un mentor, un formador, un maestro o un educador, y cualquiera que aplique los principios contenidos en este libro en la educación o el discipulado de un niño, maximizará el desarrollo del potencial de ese niño.

Este libro está escrito *por* un padre, y hecho principalmente *para* los padres. Si bien el material aquí contenido es básico para todos los educadores, son los padres quienes tienen el interés más profundo en el desarrollo intelectual, emocional y espiritual de sus hijos. Los padres son, por encima de cualquier otro interés, responsables de la formación y el desarrollo de sus hijos. Si los padres están íntimamente familiarizados con los principios eternos y universales de una buena educación, entonces podrán aplicar estos principios en la selección de un programa educativo eficaz para sus hijos. El propósito de este libro no es definir las dimensiones, la forma y el color exactos de ese programa. El programa adoptará una forma diferente para cada cultura, cada familia y cada hijo

dentro de cada familia, pero te animo a tomar los diez principios **universales e inmutables** de la educación y aplicarlos a tu propia cultura, familia e hijos.

Este autor ha formado parte del movimiento moderno de educación en casa durante cincuenta y cinco años, como estudiante, padre/maestro y líder del movimiento. Durante mi tiempo dedicado a la enseñanza en diversas escuelas públicas y privadas, desde la secundaria hasta la universidad, he visto cómo diversos maestros han utilizado con éxito cada uno de los diez principios en diversas situaciones. Muchos buenos educadores, incluidos muchos educadores en el hogar, se centrarán en uno o dos de los principios y basarán toda una filosofía de educación o un plan de estudios en esos factores. Aunque no siempre son conscientes de lo que están haciendo, todo buen educador suele emplear estos factores en su enseñanza en mayor o menor medida. Sin embargo, es raro encontrar hoy en día alguna escuela, maestro o padre que emplee conscientemente los diez factores.

En este libro *no* pretendo recomendar para cada niño alguna institución educativa en particular, ya sea escuela pública, privada o educación en casa. Los padres deben tomar sus propias decisiones informadas. No obstante, tus decisiones deben incorporar *estos diez* elementos indispensables para una educación de calidad.

Todos los padres y maestros que tengan este libro en sus manos tienen el reto de considerar, aplicar y maximizar

estos diez factores críticos en el programa educativo elaborado para cada uno de los niños a su cargo. Las sendas antiguas, trazadas por el Creador de los niños, siempre serán las más seguras.

UNA EDUCACIÓN EXITOSA

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” (Mt 6:33)

Me consideraba un experto en la formación y educación de niños; o al menos así era, hasta el día en que llegó nuestro primogénito. Dios tuvo a bien bendecirnos con un niño precioso, sumamente sensible, sorprendentemente precoz y con una voluntad que, en ciertos puntos, resultaba inquebrantable, lo cual trastocó por completo mis ideas preconcebidas. La crianza de los hijos resultó ser una lección de humildad instantánea para este supuesto “experto”. Mi esposa y yo hemos descubierto que no existen expertos en esta materia, salvo Uno. No hay una solución mágica que resuelva todos los problemas que surgen con cada niño, excepto Una. Mirando atrás a los últimos treinta y tres años con nuestros cinco hijos y seis nietos, nos resulta más claro que nunca que la crianza es un proceso que exige amor perdurable, fe, paciencia, sabiduría

y humildad en todo momento. El mejor consejo para los padres jóvenes es que perseveren: sigan adelante, enseñen, amen, esperen, oren y confíen en Dios. Lo que parece ser un éxito instantáneo puede desvanecerse en un año o dos. O, por el contrario, lo que podría parecer una falta absoluta de éxito puede transformarse en un progreso asombroso al cabo de quince años. Amar a un niño de dos años no es lo mismo que amar a uno de diez o de doce, y amar a uno de doce difiere enormemente de amar a uno de veinte.

Existen semanas y años difíciles, así como periodos más sencillos con cada hijo, pues todos son muy diferentes entre sí. Algunos niños resultan cien veces más desafiantes que otros, al menos durante un tiempo. Los padres de un niño tranquilo y motivado pueden verse tentados a juzgar a quienes luchan con un hijo con necesidades especiales o uno de voluntad firme. Los consejeros bien intencionados podrían descubrir que, en realidad, los padres del niño difícil son fieles a su tarea; pueden parecer agotados, pero están haciendo lo correcto. Cualquier experto que prometa el éxito inmediato mediante una receta ingeniosa aún no ha recorrido el camino completo de la paternidad. La Palabra de Dios proporciona pautas, pero estos principios atemporales para la formación de los niños están destinados a aplicarse fielmente en el *largo plazo*, y el verdadero éxito solo se mide por los resultados finales, tanto en esta vida como en la eternidad. Todos nuestros hijos son adultos ahora y, al ver la vida espiritual y los

frutos que florecen en ellos, puedo afirmar con certeza que *no fui yo quien logró eso*; tras todo nuestro esfuerzo, el mérito es únicamente de la gracia de Dios.

Cuando esos pequeños aparecen en nuestras vidas, son como esos juguetes que traen una advertencia del tipo: “requiere ensamblaje”. Todo padre descubre rápidamente que estos niños inician su existencia con una propensión a meter sus deditos en los enchufes, a gritar sin control y a presentar “fugas” constantes. Por alguna razón, Dios diseñó a los niños de tal manera que requieren una inversión constante en sus vidas. Su intención era que desarrolláramos a estas hermosas criaturas, creadas a Su imagen, para que pudieran reflejar aún más Su gloria en esta vida y en la eternidad: ese es el papel fundamental de la educación.

Por tanto, la educación es vital para la vida de cada niño; no hay político, profesor o padre que no esté de acuerdo en este punto. Pero si todo el mundo la considera tan importante, ¿cómo la definimos? Si buscamos una educación exitosa para nuestros hijos, lo lógico es definir primero en qué consiste tal concepto.

Esta es mi definición de educación:

“La educación es la preparación de un niño intelectual, emocional, espiritual y físicamente para la vida y para la eternidad.”

UNA DEFINICIÓN AMPLIA

Esta definición holística puede parecer demasiado amplia para algunos, sin embargo, ¿acaso el niño es solo intelecto?, ¿no interactúa su mente con sus emociones, su corazón, su carácter y su voluntad? Si es así, la educación debe abarcar necesariamente más que la mera formación de la mente.

Pero la clase profesional de maestros está capacitada principalmente para escolarizar el intelecto, descuidando el resto y compartimentando al niño en lugar de reconocerlo como una persona completa. En la medida en que un enfoque educativo ignore las facetas espirituales y emocionales, el programa fracasará en satisfacer las verdaderas necesidades del niño, y demostrará que tristemente carece de buenos resultados.

Del mismo modo, quienes separan lo espiritual y emocional de lo intelectual cometen un grave error. No se puede delegar la formación intelectual en profesionales y pretender conservar únicamente el desarrollo espiritual y emocional del niño para uno mismo, sea cual sea la materia, el niño en su totalidad se ve afectado. En la educación física, por ejemplo, aunque el foco sea el cuerpo, la dimensión emocional y la intelectual también entran en juego en el vestuario o en el campo. ¡Y cualquiera que piense que un estudiante en una clase de álgebra solo

desarrolla madurez intelectual es que nunca ha enseñado álgebra!

EDUCACIÓN ES PAIDEIA

*“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina (*paideia*) y amonestación (*nouthesia*) del Señor.” (Ef 6:4)*

Esta es la instrucción principal del Nuevo Testamento sobre la crianza. Al definir la visión general y la forma correcta de criar a los hijos, el apóstol Pablo eligió la palabra griega “*paideia*” que era comúnmente usada en su tiempo. En el mundo clásico, este término describía todo el proceso mediante el cual se formaba al ciudadano ideal, lo cual implicaba algo mucho más amplio que entregarle al niño un montón de libros al comenzar el año escolar. Cada hora de cada día, cada influencia —compañeros, cultura, pasatiempos, trabajo y vida familiar — contribuía a la preparación del niño. Entonces, *paideia* es todo aquello que contribuye al desarrollo de un niño desde su primera infancia hasta convertirse en un adulto maduro. Por supuesto, Pablo utilizó esta palabra en un sentido diferente al que tenía en el mundo griego precristiano. El más bien instó a los padres a criar a sus hijos en la *paideia* del Señor Jesucristo, es decir, el programa de discipulado integral que Jesús usaría para los intereses de Su reino.

CONSIDERACIONES SOBRE LA COSMOVISIÓN

Otra observación que se desprende de la definición de “educación” que acabamos de establecer es que nuestra cosmovisión, nuestra forma fundamental de ver y entender la realidad, afectará inevitablemente nuestra comprensión de la educación. La forma de educar difiere de acuerdo con la comprensión que uno tenga de “cosas” como “Dios” y la “eternidad”, y esta será radicalmente distinta si el niño no está siendo preparado para la eternidad. Sin embargo, si el alma trasciende a la muerte física, la preparación terrenal impactará su estado eterno. Quien sea educado con una visión de la eternidad aprenderá a tomar decisiones a la luz de esta; por ejemplo, aprenderá a decir la verdad incluso cuando le resulte desventajoso a corto plazo.

PREPARACIÓN

La educación se define como preparación, pero ¿preparación para qué? Debe existir un propósito hacia el cual se dirige esa preparación. El clásico texto del Antiguo Testamento que alienta a los padres a proveer una educación para sus hijos es Deuteronomio 6:6-9. Gracias a Dios, este pasaje está precedido por el contenido principal de esa educación, el propósito para el que ese niño vivirá su vida: *“amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (v. 5). Además, cada niño tiene una vocación única —o llamado— para la cual

debe ser preparado, lo que suele implicar un trabajo, un futuro matrimonio y un hogar. A veces puede incluir posiciones de mucha responsabilidad y liderazgo. En el caso de niños con necesidades especiales, esta preparación requiere una dosis extraordinaria de fe y sabiduría. Los padres deben reconocer el valor inherente del niño, especialmente en términos de las relaciones que él cultivará. Pero aún más importante es el hecho de que nuestros hijos están siendo preparados para un propósito eterno.

Cada niño posee una vocación específica, enmarcada por talentos únicos, concepto que emana del principio de individualidad (1º Ts 4:11 y 1º Co 12:17-31, este principio se presenta en más detalle en el capítulo 6). Cada niño es creado y dotado con talentos únicos para una vocación única. Es un error común reducir estos talentos a dotes intelectuales, concluyendo que quien no destaca en matemáticas o escritura carece de talento. Todos tienen talentos, y un propósito único en el plan de Dios. Algunos de estos talentos pueden encontrarse en el área espiritual, emocional o física, más que en la intelectual.

El desafío de los primeros dieciocho años de educación es descubrir esa vocación. Algo que podemos decir con total seguridad es que cada niño está llamado a vivir una vida que glorifique a Dios y a disfrutar de Él (1º Co 10:31). Ese es el primer nivel de propósito, y a partir de ahí, observamos vocaciones distintivas. La primera cosa que

podemos observar en la determinación de una vocación o llamado es el género. Esta debería ser una diferencia obvia, aunque tristemente sea ignorada en muchos casos actualmente. Luego de considerar las diferencias de género, la vocación o el llamado de cada niño dependerá de los talentos, dones y habilidades que Dios le haya dado.

Cuando el niño es pequeño, su vocación se define en términos generales, como aprender a usar el baño, hacer las compras o leer la Biblia. Al crecer, es crucial ser más específicos, y se deben hacer esfuerzos durante los años de secundaria para que cada niño encuentre su vocación. Es una tragedia encontrar hombres de veintiocho años deambulando de universidad en universidad, de carrera en carrera, buscando su vocación.

Desde los doce años, padres e hijos deben esforzarse por centrarse en encontrar esa vocación. Durante esos años claves del desarrollo se deberían incorporar trabajos a tiempo parcial, aprendizaje de oficios, visitas a lugares de trabajo, consejería y pruebas vocacionales¹, y un abanico más amplio de cursos optativos debería ofrecerse durante estos años de educación. Los padres deberían estar íntimamente involucrados como consejeros en este proceso, pues nadie conoce mejor al estudiante que sus propios padres, ¿no es así? Una vida plena dependerá en gran parte de si un hombre o una mujer ha centrado su vida en su vocación o llamado. ¡Cuántas crisis de la mediana

edad podrían evitarse si esto se tomara seriamente durante los años de la adolescencia!

¿PREPARACIÓN DE QUÉ?

Se debe preparar al niño de forma integral para su vocación. Él es mucho más que solo un cerebro. Obviamente, a los dos años un niño no está listo para trabajar y mantener un hogar. Primero debe ocurrir un desarrollo inmenso de su intelecto, cuerpo, emociones y alma para poder estar preparado para los retos que supondrán ese llamado que Dios ha puesto en su vida. Las emociones deben estar preparadas para los complejos desafíos emocionales a los que se podría enfrentar como resultado de su vocación. Las vocaciones que exigen mayor fortaleza emocional requerirán mayor preparación emocional. Las que involucran mayor rigor intelectual, como la abogacía, medicina o ingeniería, requerirán un mayor nivel de preparación en esa área particular.

UNA EDUCACIÓN EXITOSA

Al abordar la definición de educación, debemos también considerar el asunto del éxito educativo. Si la educación involucra la preparación para la vida futura, y se da por sentado que deseamos una vida exitosa, una educación exitosa apuntará a ese objetivo.

Es interesante observar que hoy existe una desconexión entre la educación universitaria moderna y el mundo real de los negocios. Muchas corporaciones se ven forzadas a ofrecer una capacitación interna porque el sistema académico no produce empleados eficaces, y esto se da tanto para trabajos manuales como para tareas administrativas. Esta desconexión es aún mucho más pronunciada en los niveles de educación inicial y media. Esta brecha se hace evidente en un comentario irónico muy extendido en el mundo empresarial:

“Los estudiantes sobresalientes terminan enseñando, y los estudiantes regulares terminan trabajando para los mediocres.”

Aunque no hay forma de que este dicho pueda demostrarse como una regla universal por medio de estudios empíricos, la evidencia indica que las calificaciones tienen poco que ver con el éxito empresarial. La investigación del Dr. Tom Stanley sobre 733 millonarios demuestra justamente este punto (ver pp. 26-27). Factores como el cociente intelectual y las notas académicas aparecen al final de la lista de factores de éxito; en cambio, la honestidad, la autodisciplina, el trabajo duro, las habilidades sociales y la adecuación a la vocación se sitúan en la cima de la lista.²

Robert Kiyosaki, autor de *“El Cuadrante del Flujo de Dinero del Padre Rico”*, insiste en que “no se necesita una

buena educación formal [para ganar dinero]. Yo tengo un título universitario, y puedo decir con total honestidad que lograr la libertad financiera no tuvo nada que ver con las cosas que aprendí en la universidad”.³

Figuras como Thomas Edison, Henry Ford, Bill Gates, Ted Turner, Michael Dell, Steve Jobs y Ralph Lauren lograron un éxito sobresaliente sin un título universitario. Las razones detrás de la desconexión entre el mundo empresarial y el mundo académico serán exploradas en profundidad en el resto de este libro, a medida que repasemos los factores que contribuyen a una educación exitosa.

¿Pero qué es una educación exitosa? ¿Es el éxito medido estrictamente por las ganancias monetarias, una noción que pareciera imponernos esta era materialista? ¿Significa lo mismo el éxito para un niño que obtiene un puntaje perfecto en el Examen de Aptitud Académica que para un niño con síndrome de Down que quizás nunca deje el hogar de sus padres? ¿Qué es el éxito en la educación de un niño?

El éxito en la educación no puede limitarse a lo académico; de hecho, un niño puede ser muy inteligente y sin embargo nunca aprender a mantenerse enfocado y motivado en una vocación de vida. Un niño puede tener una capacidad técnica sobresaliente, pero usarla para abrir cajas fuertes y robar bancos. El éxito debe incluir madurez espiritual y emocional. Para los padres de fe, transmitir esa fe a la siguiente generación es de gran valor. En la mayoría

de los casos, una crianza exitosa producirá un joven o una joven capaz de liderar una familia, y las generaciones siguientes estarán entonces mejor preparadas para la vida que las anteriores.

En última instancia, solo Dios puede definir el éxito para nosotros, porque solo Dios puede identificar el propósito supremo para el hombre. Por lo tanto, el éxito debe tener algo que ver con que el niño sea criado en la *paideia* de Dios, independientemente de si ese niño se convierte en millonario o en un gran líder. El método de Dios es sinónimo de éxito, simplemente porque está diseñado para cumplir los propósitos de Dios. Defino una educación exitosa de la siguiente manera:

“Una educación exitosa se logra cuando se prepara al niño para aprovechar al máximo los talentos y las habilidades que Dios le dio, en el cumplimiento de la vocación para su vida”.

En términos generales, el éxito de una familia —un esposo y una esposa— que es efectiva en la vocación a la que Dios los ha conducido se manifiesta en cierta bendición material. Este éxito material generalmente se expresa en términos de crecimiento en el patrimonio neto o en la expansión de las inversiones del capital inicial proveniente de la herencia o formación académica. Pero esto no es así en todos los casos: algunos que han alcanzado el éxito material lo han hecho sin ejercer sus respectivos llamados.

A la inversa, otros han ejercido sus respectivos llamados con gran cuidado y diligencia sin ningún éxito material tangible.

Lo que propongo aquí es asumir una definición del “éxito” un poco diferente a la que acostumbramos: el reconocimiento y aprovechamiento máximo de los dones y habilidades de una persona. Es fundamental tener una visión de la *paideia* de un niño si se desea alcanzar algo que se aproxime al éxito. Si no se tiene un objetivo para el cual se está preparando al niño, nunca se logrará un éxito apreciable. Por lo tanto, el primer paso hacia el éxito se basará en la identificación de su vocación y su primera puesta en práctica en algo como un primer emprendimiento o práctica de aprendizaje.

Dado que el niño debe ser considerado de manera holística — como cuerpo, mente y alma — en su formación, el éxito debe definirse de manera similar. Por lo tanto, para que la educación se considere exitosa, debe producir solidez emocional, fe y carácter espiritual, y un desarrollo intelectual y físico apropiados para la vocación del niño.

Para quienes creen en Dios y confían en el Señor Jesucristo, la vocación más fundamental debe ser glorificar a Dios, adorarlo, servirle y buscar el Reino de Dios. El mundo busca su propia gloria, y sus escuelas enfatizarán la autoconfianza, el orgullo y la gloria del hombre. El objetivo de quienes se educan en esas escuelas será dejar huella en el mundo, construir los reinos de los hombres y ganarse el

reconocimiento acumulando grandes sumas de dinero y popularidad (preferiblemente, 100.000 *likes* en una cuenta de redes sociales). Pero todo seguidor y discípulo de Cristo aprenderá de Él, lo glorificará y le obedecerá. El conocimiento más elevado que debes buscar en cada clase y en todo tu aprendizaje debe ser el conocimiento de Dios y de Jesucristo, a quien Él ha enviado (Jn 17:3). La relación con Dios, y las relaciones con la familia y la iglesia se convierten en un valor superior al que una persona dedicará su tiempo. Ser parte del cuerpo de Cristo, o parte de una familia como esposa, esposo, madre o padre constituye una parte más significativa de la vocación que desempeñarse como ingeniero en una empresa durante cuarenta horas a la semana. Así, la preparación para la vida en una comunidad de pacto —es decir, en comunidad relacional— se convierte en una parte muy importante de la *paideia* en la vida de un niño.

Esta preparación debe inculcar un fuerte sentido de la vocación, a tal punto que la identidad del niño esté ligada a ella. Antes de convertirse en “ingeniero” o “enfermero”, el niño se reconoce a sí mismo como siervo de Jesucristo, miembro de una familia y parte del cuerpo de la iglesia. Este creciente sentido de la vocación generará entonces una mayor motivación y enfoque, y el joven podrá decir: “aquí es donde encajo.” Esto servirá para acrecentar su motivación durante el proceso de educación y desarrollo.

CONCLUSIÓN

Como descubriremos más adelante en este libro, el éxito de la educación no puede limitarse a un boletín de calificaciones trimestral, y no puede medirse por la educación en sí misma. La cúspide de la educación se encuentra en la implementación de una vocación. La educación es preparación para la vida, por lo que la vida es la única medida real del éxito educativo.

Por eso el éxito tiene mucho que ver con el ejercicio exitoso de los dones y habilidades de cada uno en la vida misma. Sin esta medida objetiva, el progreso de la educación se medirá de la misma manera en que el emperador supervisaba el avance de los que confeccionaban su nuevo traje de tela invisible en el cuento de Hans Christian Andersen “El traje nuevo del emperador”.

Por lo tanto, el éxito en la educación debe entenderse en términos amplios, aquel que no excluya al precioso niño con necesidades especiales que nunca supera un nivel de aprendizaje de “tercer grado”. El éxito en la educación se verá en el éxito en las relaciones, en el crecimiento espiritual, en el matrimonio, en la familia, en los negocios, en la carrera profesional y en las inversiones a lo largo de toda la vida. Se verá en jóvenes —hombres y mujeres— que encuentran su lugar en la vida y aprenden a amar al Señor su Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas, que han aprendido a

glorificar a Dios, disfrutarlo, obedecerle y adorarlo. En última instancia, ese éxito se materializará en la eternidad.